

Notas en la neblina del tiempo para Miguel Gutiérrez

Andrés Maldonado

Universidad Ricardo Palma
andrés.maldonado@urp.edu.pe
Lima-Perú

1

Estas notas, que tratan de recuperar momentos guardados en la bruma de la memoria, están motivadas porque se cumplen cincuenta años de la publicación de *El viejo saurio se retira* o *Los ejercicios espirituales*, la primera novela de Miguel Gutiérrez Correa. Disfruté de su lectura con particular fruición porque sus personajes, un grupo de colegiales piuranos, expresaban las preocupaciones y agonías, en el sentido de Unamuno, que vivíamos intensamente los jóvenes de aquel momento. Pero además, al participar de los objetivos y actividad del grupo intelectual que publicó la revista *Narración*, esta lectura fue emotivamente de la mayor significación por el hecho privilegiado de tener junto a nosotros al propio Miguel, compartiendo y animando tan singular proyecto, ahora actualizado por su impronta ya reconocida en el proceso contemporáneo de la literatura peruana. Vayan pues estos ligeros apuntes en su homenaje.

2

Era 1966, setiembre tal vez, cuando Miguel Gutiérrez me hizo una cordial invitación a integrar el Grupo *Narración* que recién se había constituido y se aprestaba a publicar una revista literaria dedicada a la narrativa. Lo hizo en medio del Primer Encuentro de Escritores Jóvenes Edgardo Tello, en el Auditorio de la Facultad de Medicina de la Universidad de San Marcos, en el cual participé representando al Grupo Literario Javier Heraud de Huamanga, Ayacucho. Había leído un cuento y un fragmento de novela estudiantil que

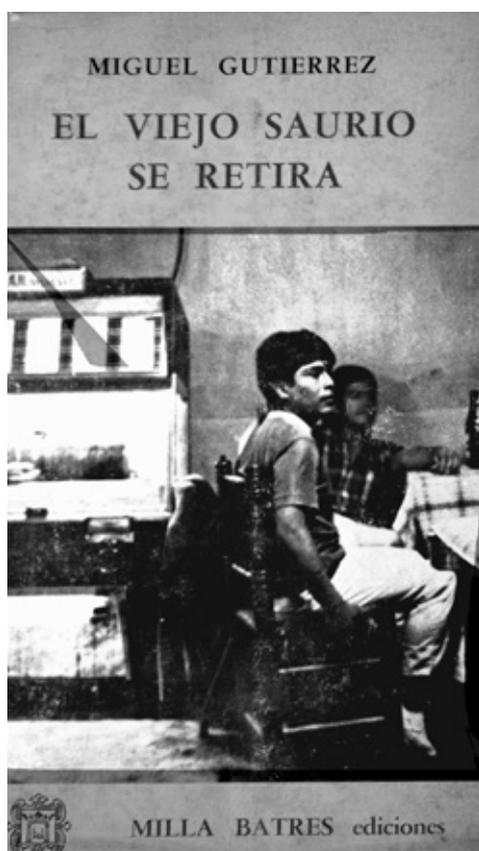
traje en mis alforjas, los que fueron aplaudidos por los asistentes aquella mañana. Miguel salió del público y avanzó a la mesa donde leí mis textos y con efusiva cordialidad me hizo la invitación. Más tarde me solicitó un texto y le entregué mi cuento “A la deriva”, que fue publicado en el número 1 de la Revista *Narración*; ocurrió en el mes de noviembre de ese año. Como se ve, nadie nos presentó. Fuimos amigos sin ese requisito formal.

3

Eran los primeros avances en la preparación del segundo número de *Narración*; habíamos concertado –como unos años antes, en 1966, cuando el grupo se formó y creó con febril convicción a *Narración* número 1– una reunión de todos los integrantes en casa de Miguel Gutiérrez. Era posiblemente sábado. Una llamada por teléfono a mi casa y Miguel me dijo: “Si puedes, ven más temprano para avanzar unos textos”. En efecto, llegué antes de las seis de la tarde –las sesiones de *Narración* generalmente comenzaban a las nueve de la noche y terminaban con las luces del amanecer al día siguiente–. Para mí ya era un camino conocido; habíamos hecho una creciente amistad a tal punto que dos o tres veces por semana, incluyendo sábados y domingos, era invitado por Miguel y Vilma, su esposa, al almuerzo o cena familiar. Al tocar la puerta no hubo respuesta, nadie estaba en la casa. ¿Dónde estaría Miguel? Decidí esperar. Caminé unos pasos en lo alto del edificio donde estaba el pequeño departamento, en el jirón Manuel Cuadros, a la espalda del Palacio de Justicia, centro de Lima, y



descubrí que desde allí se atalayaba la calle y todo su movimiento. Unos minutos después vi aparecer a Miguel, dobló una esquina cercana y avanzó por Manuel Cuadros; su andar era continuado, sin pausas, la cabeza ligeramente levantada y miraba a uno y otro lado de la calle, cubría sus ojos con unos lentes ahumados de color verde oscuro; era un hombre joven, de mediana estatura, con una calvicie en pleno avance. No me vio cuando ingresó al edificio. Al rato, emergió del ascensor y nos saludamos, sonreía con un cierto toque de ironía. Le dije que al no encontrarlo ya me iba a retirar. “Ah, carajo, me estás diciendo impuntual?”. Conversábamos de todos los temas posibles, que Miguel condimentaba siempre con expresivas lisuras, como sus paisanos. Me invitó a pasar. Había publicado hacía poco su primera novela *El viejo saurio se retira* o *Los ejercicios espirituales*, que leí con gran interés en aquellos días; era un privilegio inusitado tener al escritor en persona y tan cercano. Hacíamos, como ya dije, una amistad creciente, adecuándonos a la diferencia de edades, aunque nos unía el hecho de ser gente llegada de provincias, Piura y Huamanga, en este caso; y sobre todo, una convergencia en la necesidad de unir pensamiento y acción para cambiar el mundo y con ello, el Perú; alimentábamos esa convicción como algo posible y realizable. Esa amistad nunca terminó. Puedo decir que Miguel y Vilma, en aquellos años, llegaron a ser como los hermanos mayores que nunca tuve.



Miguel Gutiérrez

4

Era posiblemente 1974 y estaba por salir Narración N° 3. Al mismo tiempo, Miguel escribía y corregía el texto de su tesis de bachiller, *Estructura e ideología en Todas las Sangres*. Pero parece que surgió un difícil obstáculo: tenía pendiente el curso de latín, que en ese tiempo era obligatorio en el plan de estudios de Letras, en San Marcos. Un día, al término del almuerzo en su casa me preguntó, en broma, si sabía algo de latín, naturalmente le dije que no, pero que me gustaría aprenderlo, “tengo que aprobarlo –me dijo– para poder sustentar la tesis”. Le ofrecí apoyarlo a repasar. Miguel se aprestó y me dio a leer una vieja copia mimeografiada y unas anotaciones del curso de Latín. Aquel día estuvimos hasta muy tarde en la noche enfrascados en el bello lenguaje de Virgilio. Vilma animaba la reunión con palabras de estímulo, invitándonos, una tras otra, tazas de café bien negro; y yo le tomaba lección a Miguel, que debía decir y repetir las declinaciones de los verbos, traducir palabras y construir frases en latín. Unos días después, nos encontramos en el Patio de Letras de San Marcos y me dijo “ya aprobé esa huevada del examen de latín”. Para celebrar nos fuimos a beber, con auténtica satisfacción, unas cervezas en el bar Palermo.

5

Desde la publicación de su novela prima *El viejo saurio se retira*, Miguel Gutiérrez Correa se anunció como el escritor de estirpe revolucionaria, con una obra de alta calidad estética, que hoy se le reconoce por propios y extraños. A ella se sucedieron obras de ensayo –que no voy a enumerar– como *La generación del 50: un mundo dividido. Historia y balance* y, sobre todo, sus numerosas novelas –que asimismo no es del caso enumerar–, en especial, su obra summa, *La violencia del tiempo*. La obra literaria de Miguel Gutiérrez Correa logrará sin duda el reconocimiento nacional e internacional –que aún no tiene– conforme se responda al reto de difundirla y estudiarla.

(Marzo 2019)